

VICTORIA OCAMPO, UN ACERCAMIENTO A LA CULTURA NORTEAMERICANA: FRANK, HARLEM, STIEGLITZ Y OTROS ENCUENTROS

VICTORIA OCAMPO, AN APPROACH TO NORTH AMERICAN CULTURE: FRANK, HARLEM, STIEGLITZ AND OTHER ENCOUNTERS

Irene Chikiar Bauer (ichbauer@gmail.com)

Universidad Nacional de La Plata – Universidad Nacional de San Antonio de Areco

Resumen

El presente trabajo revisa el acercamiento de Victoria Ocampo a la cultura norteamericana y lo estudia a través de algunos encuentros por ella descriptos en sus *Testimonios*. Allí, se hace referencia a la idea, que tuvo Waldo Frank, de que ella encabezara una publicación americanista, idea que devino en la fundación de la revista *Sur*. Por medio de sus cartas y testimonios, se analiza su identificación como argentina y como americana. También se recupera su interés por distintas manifestaciones artísticas, culturales y religiosas resultado de sus vivencias en sus viajes a Norteamérica. Se establece lo que significó para ella conocer a Susan Sontag, sobre quien se expresó en términos de metáfora matrilineal y que tiene a Virginia Woolf como antecedente. En estos ejemplos, se evidencia cómo, a pesar de las dificultades, Ocampo defiende sus preferencias literarias y su postura como gestora cultural.

Palabras clave: norte; Revista Sur; Harlem; Ocampo; Stieglitz

Abstract

The current essay revises Victoria Ocampo's approach to the North American culture and studies it through some encounters described in her testimonies. There, she makes reference to Waldo Frank's idea of her heading an Americanist journal, an idea that became in the foundation of *Sur* magazine. Across her letters and testimonies it is analyzed her identification as Argentinian and American. What is more, she recovers her interest for different artistic, cultural and religious expressions, result of her experiences in her trips to North America. It is established what meant to her knowing Susan Sontag about whom she expressed in terms of matrilineal metaphor and which has Virginia Woolf as antecedent. In these examples, it is evidenced how, in despite off difficulties, Ocampo stands for her literary preferences and her posture as a cultural manager.

Key words: norte; Revista Sur; Harlem; Ocampo; Stieglitz

“Quiromacia de la pampa” (1929) y una crónica del encuentro con Waldo Frank

En este ensayo Victoria Ocampo comenta el libro *Ecuador*, en el que Henri Michaux habla de un viaje a nuestro continente. Para entonces, ella había conocido a Waldo Frank,

el norteamericano que la entusiasmó con la idea de fundar una revista americanista. A poco de conocerlo, Victoria le leyó lo que había escrito sobre el libro de Michaux. Esa lectura y el diálogo posterior la ratificó en la idea de que ella y Frank sentían “un mismo llamado” (1981, p. 112) americano.

Victoria conoció a Frank en una de las conferencias que él brindó en Buenos Aires (dedicada a Chaplin), también fue la primera vez que vio al joven Eduardo Mallea, que oficiaba como su traductor. Rosalie Sitman afirma: "Frank conoció a Victoria en el momento propicio. Ella acababa de regresar de un largo y significativo viaje por Europa" (2003, p. 76). Había hecho amistades, había sufrido disgustos, había iniciado una relación sentimental, "al mismo tiempo, sin embargo, la larga estadía en el viejo mundo le había hecho sentir su 'diferencia' y despertado en ella sentimientos de 'otredad', a pesar del perfecto dominio de los idiomas y de la educación cosmopolita [...] Victoria se vio impulsada a reflexionar sobre su identidad como argentina y como americana" (2003, p.76).

El caso es que Frank encontró en ella lo que buscaba. "En sus memorias, María Rosa (Oliver) recuerda cuánto la presionó Frank para que persuadiera a su amiga de la necesidad de fundar una nueva revista" (Sitman, 2003, p.77). Frank había pensado en Samuel Glusberg como codirector. Nos interesa destacar este punto no solo porque Oliver oficia como mediadora o embajadora, sino porque, una vez decidida a llevar adelante la revista, Ocampo pronto dejó "al margen" (p.77) a Glusberg y en 1930 viajó a los Estados Unidos, por primera vez, para reunirse con Frank en Nueva York a efectos de hablar de su proyecto.

La exclusión de Glusberg deja en claro que Ocampo estuvo lejos de aceptar la idea de Frank en los términos inicialmente planteados por él; al prescindir del codirector que le había

propuesto, se emancipaba del tutelaje masculino al tiempo que establecía relaciones más igualitarias con artistas y escritores. Sus vínculos con Drieu de la Rochelle y con Benjamin Fondane, y el que sostuvo con Jacques Lacan, a quien conoció poco antes de su viaje a Nueva York, encuadran en esta categoría. Después del episodio con Keyserling había aprendido: "el peligro de soñar al hombre leyendo la obra estaba eliminado" (Ocampo, 2006, p.174). Aunque seguiría idolatrando a muchos de los escritores que admiraba, ya no era la joven exaltada y algo ingenua cuya correspondencia había embrollado al (tan propicio a confundirse) conde Keyserling.

Atractiva, distanciada de su marido, en una época en la que una mujer separada era vista con recelo por la sociedad argentina (motivo que daba lugar a suspicacias paternas), Ocampo se vio rodeada de jóvenes intelectuales. Tal fue el caso de Frank, que en 1930 tenía cuarenta años. En su autobiografía ella hizo su retrato:

De estatura mediana y movimientos deliberadamente lentos, susceptible como un argentino, egoísta y generoso, envuelto en una mezcla de misticismo y de sensualidad, soñaba con una América unida, desde un extremo al otro del continente. A la vez orgulloso y descontento de su patria, se interesaba febrilmente en el costado latino del nuevo mundo. Estaba enamorado de América, del comunismo y de las mujeres en general. (2006, p. 174)

Enamoradizo o no, Victoria no se sintió atraída por Frank y él, a diferencia del aludido conde, tampoco la importunó. Toda su energía

parecía encauzada hacia el deseo de “fundar una revista para los jóvenes, una revista que sería también un *trait d’union*” (p.175) entre el norte y el sur de América.

Aunque la idea la entusiasmó enseguida, Victoria Ocampo debía encontrar por sí misma jóvenes escritores para incorporar al proyecto. Ricardo Güiraldes le había presentado a los fundadores de la revista *PROA*, Jorge Luis Borges, Pablo Rojas Paz y Alfredo Brandán Caraffa, pero hasta entonces sus “relaciones con ellos eran superficiales” (p.175). Muchas serían las dificultades para vencer, una sustancial, recordaría, era “poner en contacto los escritores de América del Norte con los de América del Sur, al mismo tiempo que revelar a nuestros lectores las nuevas generaciones de escritores argentinos y lo mejor de los europeos” (p.189). El proyecto era ambicioso, y surgían preguntas: ¿dónde se escondían “esos jóvenes argentinos” con “necesidad de una revista para agruparse y publicar sus escritos?” (pp.188-9). Finalmente, Victoria tuvo una certeza:

Los hechos probaron que nada es más difícil que establecer un contacto entre el Norte y el Sur de nuestro continente. Cuestión de dólares, entre otras cosas. Los escritores norteamericanos están habituados a recibir mucho dinero por sus colaboraciones, mucho más que no importa qué genio de otro país cuya moneda vale menos. Una revista puramente literaria y que no está sostenida por una casa editora que cuenta con gruesos dividendos, es forzosamente pobre... (p.189)

En su autobiografía recordó que Frank creía “ingenuamente” que los argentinos, al

saber del proyecto, correrían a ofrecerle “dinero a manos llenas” (p.189). En un tono más realista, ella le advirtió: “Eso pasará – quizás– entre ustedes, americanos del Norte” (p.189). Se puede apreciar, a través de estas anécdotas, un cambio y madurez en su carácter. Pero durante su viaje, al verla seducida por Nueva York y, temiendo que no se involucrara en el proyecto a la medida de sus expectativas, Frank llegó a acusarla de no “tomar las cosas seriamente” (p.189). Deslumbrada por la ciudad y por los artistas que conoció, entre ellos Serguéi Eisenstein, Victoria dispersaba su energía y entusiasmo en varias direcciones y se ilusionó con la idea de que este último filmara en la Argentina. En sus memorias evocaría: “En esta empresa, como en tantas otras, mis compatriotas me negaron su apoyo” (p.192).

“En Harlem” (Madrid, octubre 1931)

Victoria Ocampo escribió este testimonio un par de años después de leer *Un cuarto propio* (*A Room of one's own*), libro que se basa en dos conferencias que Virginia Woolf brindó ante un público mayoritariamente femenino en el Newnham College y en Girton College. Victoria Ocampo leyó “En Harlem” ante una audiencia de mujeres en la Residencia de Señoritas de Madrid. Residencia que dirigía la académica y feminista María Maetzu. Aunque el tema de los ensayos de Woolf y de Ocampo es diferente, el tono elegido es similar, también lo son algunas figuras retóricas presentes en ambos. En los dos, en la primera página, las voces narradoras se hacen una pregunta que cambia el eje de lo que,

supuestamente esperaban sus oyentes. En un caso, ese cambio está marcado por el tan celebrado “Pero” con que comienza *Un cuarto propio*: “*But, you may say, we asked you to speak about women and fiction –what has that got to do with a room of one’s own?*” (resaltado propio) (Woolf, 2005, p. 3).

Por su parte, en el tercer párrafo de su testimonio, Victoria elige un “si” antes de continuar con un “pero”: “...si Waldo Frank, venido a bordo, a recibirme, me hubiese preguntado: ‘¿En qué piensa usted?’, quizá le hubiera respondido: ‘En Walt Whitman’, y no habría mentido. *Pero*, ya en el muelle, cada vez que divisaba a un negro cargado de equipaje, era *Uncle Tom*, y *Uncle Tom* solo, quien surgía y me llamaba desde el fondo de mi infancia” (1981, pp. 119-20) (resaltado propio).

En su ensayo Woolf deja en claro que se va a ofrecer “an opinion” (2005, p. 4) y que intentará mostrar cómo llegó a ella a través de un “train of thought (p.4). En sus testimonios también Victoria Ocampo suele presentarse como conferenciante o ensayista que no habla desde el púlpito o desde la academia, sino desde su propia experiencia. En trabajos publicados anteriormente, he analizado la influencia de Woolf en Ocampo a partir del análisis de sus ensayos personales y de cómo la lectura de *Un cuarto propio* fue determinante y marca un antes y un después en el estilo y la temática de los ensayos de Ocampo.

Entre las coincidencias entre este ensayo y el libro de la escritora inglesa cabe destacar que la narradora de *Un cuarto propio* saca sus

conclusiones luego de un recorrido por una universidad, –un *College* de mujeres y luego uno de varones, en los que comparte comidas con profesores y estudiantes–; una visita al Museo Británico; una revisión histórica sobre la condición de las mujeres escritoras a través de los siglos; la lectura de escritoras contemporáneas; y un paseo catalizador por la ciudad de Londres. Por su parte, la narradora de “En Harlem” hará un recorrido geográfico particular que combina con lecturas y experiencias personales. No hacía mucho que Ocampo había leído el ensayo donde Woolf encadena pensamientos, lecturas y vivencias asociadas a una ciudad en un tono intimista y buscando la empatía del auditorio. De manera similar, Victoria recupera una lectura de infancia: “*Uncle Tom’s cabin*, obra de propaganda, alegato abolicionista de la esclavitud, original de Mrs. Beecher-Stowe, publicada en 1852” (1981, p. 120), con el fin de comentar reflexiones producto de su primera visita a la ciudad de Nueva York.

En principio celebra *The Green Pastures*, primer espectáculo sobre el tema de la esclavitud al que concurre; menciona y describe “una velada íntegra [...] en una de las iglesias de negros que existen en Harlem” (p.123); también realiza una suerte de revisión histórica que la lleva a reponer lecturas sobre la condición de los negros norteamericanos; hace mención al Cotton Club, donde escuchó la orquesta de Duke Ellington “que es el *jazz* más extraordinario de Nueva York y del mundo entero” (p.124); se refiere a una comida en Greenwich Village, a conversaciones con cantantes, escritores y

autobiógrafos, como Taylor Gordon: “excelente cantor de *spirituals*. Es autor de un delicioso libro autobiográfico, titulado *Born to be*. Este libro lleva un prefacio de Carl Van Vechten, autor del *Nigger Heaven*, y contiene ilustraciones del célebre dibujante mejicano Covarrubias” (p.126).

Entrelazando hitos de viaje y lecturas, Victoria Ocampo relata su experiencia en el Savoy, “un *dancing* frecuentado únicamente por negros” (p.128); su visita a una gran casa de departamentos “toda habitada por negros” (p.128); una visita a Long Island, a “la magnífica propiedad de un millonario, Otto Kahn” (p.130), donde conoce a Serguéi Eisenstein, “el gran maestro del film ruso [...] autor del *Potemkin*” (p.130).

Uno de los momentos claves del relato se da cuando, en el rol que disfruta tanto, el de gestora cultural, dice que luego de contarle a Eisenstein sus descubrimientos en el mundo del *spiritual*, lo entusiasmó con la idea de ir a escuchar a un predicador negro del que Taylor Gordon le había hablado. Con morosidad y deleite, Ocampo cuenta su experiencia, y no se priva de señalar, como al pasar, que una vez allí, deslumbrado, Eisenstein le susurró: “Esto es inaudito. Por nada del mundo hubiera querido perder este espectáculo” (p.133).

En este ensayo Victoria no es solo la testigo que relata una experiencia de viaje, la gestora o comunicadora cultural que introduce al famoso ruso en el mundo de Harlem, sino que también discute interpretaciones. Esta vez, polemiza con una crítica del *New York Times*, donde se decía que *Green Pastures* “era la *Divina Commedia* del teatro moderno”;

comparación que le parece “digna de un gran diario, es decir, estúpida y vacía”. Por otra parte, critica a George Henri Rivière, quien “asegura que dicha obra es la más perfecta expresión de la ‘extravagancia sublime’”. Para Ocampo ambas apreciaciones son objetables. Según ella, la obra no es lo que dice el diario ni lo que opina Rivière. Basándose en una cita del autor en el programa concluye: “es una imagen emocionante, por lo mismo que exacta, del cristianismo afroamericano en toda su simplicidad” (p.122).

Victoria Ocampo realiza un movimiento singular, que repite en otros textos en los que se refiere a sectores sociales discriminados, a la situación de las mujeres, a lo que pasa en América del Sur o en otros países del hemisferio, se muestra empática: “Hubo una época en que los reyes tenían en sus cortes bufones, enanos deformes, para amenizar su tedio. Creo que la raza negra ha sido considerada por la raza blanca –con excusas o sin ellas, lo ignoro– con un criterio bufonesco semejante, pero aún más inhumano” (p.140). Y aunque Victoria Ocampo no se engaña respecto del presente: “el desprecio, la dureza del yanqui hacia los negros persisten, aunque las costumbres se hayan dulcificado” (p.124), no insiste mucho en el tema y, con desconocimiento o negando el exterminio de negros en la Argentina, supone que en nuestro país sufrieron menos. Como ya han señalado David Viñas y otros, por cuestiones de clase e ideología no cabría esperar que ella registrara la situación histórica de los negros en nuestro país. Sin embargo, se siente capaz de encontrar en *All God's chillun got wings*,

obra de Eugene O' Neil, equivalentes contemporáneos a *Uncle Tom* y, reconociendo las injusticias sufridas por siglos, concluye: "huelga decir que todos los negros no son como Tom, ni como Jim. Pero, ¿cuántos Tom y Jim encontramos entre los blancos? ¿No basta que exista uno para que soportemos el resto?" (p.138). Amparada en su visión de jerarquías éticas o morales, ella apunta que tanto entre los negros como entre los blancos se encuentra el bien y el mal, lo alto y lo bajo.

"Testimonio" (Buenos Aires, julio 1934)

Victoria Ocampo elige llamar "Testimonio" al último texto del primer volumen de *Testimonios*, que precede con un epígrafe de Waldo Frank: "... La vida misma, tratando de descubrir qué es la vida" (1981, p. 296). En este escrito, ella retoma otra cara de sus experiencias en Nueva York. Una ciudad desmesurada "que le aplasta a uno con sus rascacielos y sus ruidos" (p.297) y que le deparó descubrimientos como Harlem, y conocer a Alfred Stieglitz y a sus fotografías. Es probable que Victoria haya sentido algún grado de identificación con el fotógrafo que Frank le presentó diciendo: "quizá es el único gran artista que hoy tenemos" (p.297). Lo cierto es que Stieglitz la recibió con hospitalidad, en un ambiente que le agradó mucho, "una sala de paredes blanqueadas, llena de luz y vacía de muebles inútiles" (p.296), muy similar a como quedaría su casa de Rufino de Elizalde. Todo ello colaboró para que sintiera algún tipo de identificación con el

fotógrafo, de quien dice (como podría decir de ella misma) que está "consumido de amor a su América, consumido de amor hasta el odio" (p.297). Es probable que también Alfred Stieglitz (que fue pareja durante muchísimos años de la pintora Georgia O'Keefe) haya sentido afinidad por Victoria, dado que ella consiguió algunas de sus fotografías, porque, según parece, él no estaba interesado en que fueran parte de colecciones de personas que no las "merecieran".

Al analizar sus fotografías, Ocampo debe tener en mente un libro de Carl Jung que su editorial publicaría, ya que retoma el tópico de la inteligencia sumada a la emocionalidad. La emoción del fotógrafo se complementaría con la fría inteligencia de la máquina: esa conjunción llevaría a que la realidad se revelara magníficamente. Pero Stieglitz también la pone en conocimiento de la obra de otros artistas: Georgia O' Keefe, Marsden Hartley, John Marin, Arthur Dove. Frente a una ventana de su apartamento en Nueva York, Victoria recuerda que Stieglitz se preguntó: "I have seen it growing. Is that beauty? I don't know. I don't care. I don't use the word beauty. It is life" (p.298). La identificación es plena, no solo porque al escribir ella recuerda palabra a palabra esa frase, sino porque, al escucharlo, sintió "uno de esos extraños deseos de llorar" (p.298).

Ese departamento, "adonde llegaron los primeros Cézanne, los primeros Matisse, los primeros Picasso, desembarcados a este lado del Atlántico", había servido de refugio "a los que, habiendo perdido a los viejos dioses, sentían dolorosamente la necesidad de

buscar otros nuevos” (p.299). Escribe Ocampo: “¿No era yo también de los que van en busca de refugio? Hombres y mujeres que sufrimos del desierto de América porque llevamos todavía en nosotros Europa, y ahogo de Europa porque llevamos ya en nosotros América” (p.299).

Victoria Ocampo comprende y vive la lógica del desterrado permanente, del habitante del mundo, una lógica que no nos resulta extraña en el siglo XXI. Como sintió ella, aunque por diferentes motivos, los exiliados y los viajeros sempiternos sienten que “ningún *cambio de lugar* podría definitivamente curar(lo)s” (p.299). El “salto” continuo, de una a otra tierra, es la bendición y la condena. Para ella “el lado de la belleza” corresponde a la vieja Europa, en tanto que “el lado de la vida” es el de América:

Allí está él [Stieglitz], inclinado sobre su América, inclinado sobre su máquina, diciéndose que no hay nada que hacer del lado de la belleza, pero que aún puede esperarse todo del lado de la vida. Le vemos en trance de resolver su problema –nuestro problema– [...]. Por vías indirectas, por vías misteriosas. Acecha la vida. La acosa: arroja su garfio sobre ella. Y la vida, así apresada, deja en lugar suyo a la belleza. (1981, p. 300)

El gran descubrimiento

Susan Sontag fue el gran descubrimiento de los últimos años de Victoria Ocampo. La norteamericana era una intelectual para quien el cuarto propio no era un sueño, sino una realidad:

Calculo que Susan andará en las proximidades de los cuarenta. Esto quiere decir que tuvo veinte años hacia 1955, mientras yo cumplí los míos en 1910. Entre dos mujeres del siglo XX, cuarenta y cinco años equivalen a enormes diferencias en cuanto a posibilidades, circunstancias, experiencias, educación, libertad. Piedra preciosa tallada y piedra bruta. (1977, p. 31)

Cuando conoce a Sontag, Victoria Ocampo se siente “embobada a la manera de una madre que perdió de vista a una hija de meses y se la encuentra, de improviso, adulta y encarnando su sueño (sueño que para la madre no pasó de serlo...)” (pp.31-2).

En *Un cuarto propio* Virginia Woolf enunció “we think back through our mothers if we are women” (2005, p. 75). Así como Victoria Ocampo encontró una predecesora en la escritora inglesa, podemos deducir que al incluirla en sus *Testimonios*, Susan Sontag representa una continuidad que Ocampo expresó con una metáfora matrilineal característica de *Un cuarto propio*. Escribir “como una mujer” (Ocampo, 1981, p. 9) puede considerarse la cita que inauguró un camino, mientras que el encuentro con los libros de Sontag indicaría el cierre de una trayectoria, interpretación a la que Ocampo nos invita cuando escribe: “La respeto. Con placer le cedo el paso. *Dein Kampf*, Susan” (1977, p. 38).

Palabras finales

Al recordar que Waldo Frank “no quedó del todo satisfecho con el rumbo de la revista nacida de su inspiración”, ella contestó: “¡Claro! Respondía a lo que yo había

imaginado y deseado” (Ocampo, 1977, p. 288). Entre las cosas que Frank le reprochaba estaban sus predilecciones literarias: “Tagore, Virginia Woolf o T. E. Lawrence” (1977, p. 288).

Lo cierto es que, contra viento y marea, ella defendió hasta el final sus preferencias literarias, su credo feminista y haciendo gala de ese “esfuerzo” (Ocampo, 1981, p.14) (Ocampo, 1967, p. 182), alentado por Virginia Woolf desde *Un cuarto propio* (2005, p. 112), cierra las últimas líneas del último tomo de sus *Testimonios*, al tiempo que recuerda la profecía de su padre que le había asegurado que se fundiría económicamente: “No me arrepiento del tiempo que algunos consideran perdido, y menos de las pérdidas anunciadas [...] y que se cumplieron. ‘Te conozco’. No sé si a él también lo habría defraudado en esta carrera que elegí en épocas en que no se les daba ninguna carrera a las mujeres” (Ocampo, 1977, p. 290).

Referencias

- Ocampo, V. (2006). *Autobiografía III. Figuras simbólicas*. Medida de Francia. Sur y compañía. Segunda. Buenos Aires: Victoria Ocampo.
- Ocampo, V. *Testimonios*. (1981). *Primera serie* (1920-1934). Buenos Aires: Sur.
- Ocampo, V. *Testimonios*. (1984). *Segunda serie* (1937-1940). Buenos Aires: Sur.
- Ocampo, V. *Testimonios*. (1967). *Séptima serie* (1962-1967). Buenos Aires: Sur.
- Ocampo, V. *Testimonios*. (1977). *Décima serie*. Buenos Aires: Sur.

Sitman, R. (2003). *Victoria Ocampo y Sur: entre Europa y América*. Buenos Aires: Lumiere.

Viñas, D. (2005). *Literatura argentina y política: I. De los jacobinos porteños a la bohemia anarquista*. Buenos Aires: Santiago Arcos Editor.

Woolf, V. (2005). *A room of one's own*. Estados Unidos: Harcourt.

Artículo recibido: 12 de marzo de 2019

Artículo aceptado: 28 de junio de 2019